

EL ESPEJO DE TINTA •

CHEMA LÓPEZ JUDERÍAS
Teruel, 1971



Periodista, ha trabajado en la Cadena Ser, Radio Nacional de España, Televisión Local de Teruel, Valencia Te Ve y actualmente en DIARIO DE TERUEL. Además, ha sido asesor de comunicación del Gobierno de Aragón y Jefe de Prensa de la Corporación Aragonesa de Radio y Televisión. Publica por primera vez un relato, centrado en la Guerra Civil, la Vaquilla y, por supuesto, Teruel.

El extranjero

Teruel, enero de 1938

Dos milicianos fuman apoyados en una de las columnas de los soportales de la plaza mientras miran como sus mandos se hacen fotografías con el pequeño toro de bronce.

A primera hora de la mañana se había decidido bajar del pedestal la estatua de 54,5 kilos que presidía la plaza del Torico y que se había convertido, desde hacía tiempo, en el símbolo de la ciudad. El insistente bombardeo de las tropas enemigas había dañado la columna que lo sostenía y había serio riesgo de acabar en el suelo.

Nadie sabía a ciencia cierta dónde se iba a guardar el toro de bronce, pero se hablaba de que lo iban a llevar en unas horas a la caja fuerte de un señor con posibles que vivía cerca de la plaza del Seminario.

El fotógrafo que inmortaliza a los altos mandos hace un descanso y se acerca a los dos milicianos que fuman.

-Señores, buenos días - les dice con su peculiar acento extranjero-. ¿Tienen ustedes para mí uno de sus cigarrillos? -pregunta.

El militar más joven, que no cuenta con más de 20 años, saca del bolsillo de su camisa un paquete de Ideales y le ofrece un pitillo sin decir nada más.

-Gracias, amigo-, dice el extranjero mientras busca los fósforos en su pantalón. El fotógrafo da una larga calada, esboza una leve sonrisa y vuelve a dirigirse a los dos milicianos.

-¿Ustedes foto quieren de toro de bronce? -les dice.

Los soldados se miran y el más mayor, que tampoco se lleva muchos años con su compañero, pero que luce un bigote que le hace parecer mucho más adulto, se encoge de hombros.

-¿Pero eso no es solo para los jefes? -pregunta con cierta sorna.

-No es correcto, amigo -responde el fotógrafo-. Las fotos las hago yo y se las hago a quien quiero yo.

Los tres van hasta el improvisado altar construido con maderas que se ha hecho para sostener el pequeño animal y allí el fotógrafo le coloca antes de disparar su cámara.

Terminada la sesión, el extranjero les pregunta a los dos soldados porqué se respeta tanto ese pequeño toro de bronce que todos llaman el Torico.

-En esta ciudad -empieza a responder el más mayor- el toro lo es todo. Todos los años, para julio, hacemos una fiesta y corremos un animal con una sogá en esta misma plaza.

-¿Con una cuerda? -pregunta el fotógrafo sorprendido.



PEDRO BLESA JARQUE. Nacido en Escucha, es cámara de Aragón TV y fotógrafo de afición. Miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT). Enamorado de la Luna, las estrellas y las brujas. Y de la provincia de Teruel, un paraíso para hacer fotos de todo tipo, pero sobre todo nocturnas, que son sus favoritas.

-Sí, pero no se crea usted que no es peligroso. Más de dos docenas de cornadas graves he visto yo - apunta el militar más joven.

-Curioso es lo que cuentan. ¿Y cuándo se hace? que quiero verlo en persona -comenta el extranjero.

-La fiesta es el domingo más cercano a San Cristóbal -apunta el soldado más veterano-, y el toro se corre el lunes, pero no sé yo si volveremos a hacerlo.

-¿Por qué? -pregunta el fotógrafo extrañado.

-Por esta maldita guerra, que va a acabar con todos nosotros. Y si no acaba, va a ser imposible que aquí haya algún día de fiesta en los próximos cien años. Que estamos matándonos entre nosotros, disparando a hermanos, a amigos o conocidos. No está la cosa para celebraciones- dice el militar.

El extranjero saca una libreta del bolsillo trasero de su pantalón.

-Mire, amigo, hagamos cosa

que le voy a decir. Dígame dónde vive y le prometo que volveré a correr ese toro con la cuerda y usted y yo nos tomaremos un daiquiri. Y no uno cualquiera, se lo aseguro.

Teruel, julio de 1953

Andrés, el del Arrabal, se ajusta la faja de color rojo cuando alguien golpea con los nudillos la puerta de su casa. Al abrir, se encuentra delante a un hombre robusto con una poblada barba.

-¿No me reconoce, amigo? -le dice el visitante.

-Pues no caigo, señor -responde Andrés.

El hombre de la barba le entrega un sobre, que Andrés abre y observa con sorpresa lo que hay en su interior. Una fotografía donde él y su amigo Manuel, muerto durante la guerra, posan delante del Torico.

Los recuerdos se le agolpan y sin cambiar el gesto mira a los ojos al hombre de la barba.

-Es usted el fotógrafo, el extranjero, el que nos hizo el retrato en la plaza cuando la guerra.

-Le dije que cuando acabara todo vendría a verle, a invitarle a un daiquiri y a correr ese toro de la cuerda que tanto les gusta por aquí.

Andrés y el señor de la barba entran en un bar en una de las callejas cerca de la plaza donde varios años antes se hizo la fotografía. El fotógrafo pide permiso al hostelero y entra en la barra, donde trasiega con ron y una serie de zumos, para hacer un cóctel que le da a Andrés.

-Este es mi famoso daiquiri, el que le prometí durante la guerra, amigo -dice.

Andrés toma el vaso y propone un brindis- Por nosotros, por Manuel y por el fin de esa maldita carnicería. Y porque jamás volvamos a hacer lo que hicimos, matarnos entre hermanos.

El extranjero asiente y sonrío de forma triste.

-Por cierto, no sé su nombre -le dice.

-Me llamo Andrés -le contesta-. Aquí todos me conocen como Andrés, el del Arrabal. ¿Y usted? -le pregunta, mientras apura de un trago lo poco que queda del daiquiri.

-Ernest, me llamo Ernest Hemingway.

Julio de 2020

Esteban entra en un bar de una callejuela cercana a la plaza del Torico y saluda al camarero, que sin devolverle el buenas tardes le dice que tiene todo lo que necesita en la cocina.

Esteban se enfrasca con el ron y los zumos y, cuando acaba, llena dos copas de cóctel, una de ellas para el camarero.

-Toma Lucas -le dice mientras le pasa la bebida.

-Por Ernest y por Andrés, ¿no? -suelta el camarero, haciendo notar que el rito se repite año tras año, siempre el lunes de la Vaquilla, siempre antes de correr el toro.

-Sí, por Ernest y por Andrés.

El famoso escritor Ernest Hemingway oyó hablar de la Vaquilla, la fiesta de Teruel, y de su toro ensogado un frío día de enero de 1938 mientras cubría como corresponsal la Guerra Civil española. Cumpliendo una vieja promesa, en julio de 1953 llegó a la ciudad con la intención de ver el famoso toro de la sogá del que le hablaron dos jóvenes milicianos mientras les hacía una fotografía.

El Premio Pulitzer y Premio Nobel se enamoró de la fiesta, durante la que podía ir y venir de aquí para allá sin ser reconocido, algo que no le ocurría en Pamplona, donde era invitado como celebridad a todos los eventos.

Andrés el del Arrabal, al que Ernest prometió volver a visitar cuando acabara la guerra, terminó siendo uno de los mejores amigos del escritor. Apenas había ido a la escuela y su trabajo como carpintero no tenía nada que ver con el de un intelectual al que adoraban allá por donde pisaba.

Andrés y Ernest, todos los lunes antes de correr el ensogado, visitaban un bar cercano a la plaza del Torico y allí el escritor hacía su famoso daiquiri, que ambos bebían entre risas, dolorosos recuerdos de la guerra y amistad. Y lo hicieron por última vez un año antes de que el extranjero se volara la cabeza con su escopeta favorita.

Hoy, el nieto de Andrés, Esteban, cumple con la tradición. Va a un bar cercano a la plaza, hace su daiquiri y brinda. Por Ernest y por Andrés. Por el extranjero y por el del Arrabal.